

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 476 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

El protectorado y los protegidos

Las grandes potencias europeas tienen colonias en Asia, África y América. Y el imperialismo colonial, cuya importancia da fe Inglaterra, consiste en mantener el dominio político y comercial sobre vastos territorios, representando la patria de un "protectorado" impuesto a los pueblos "menores de edad" por la elocuente persuasión de las armas. De esa manera, entre tres o cuatro naciones se repartieron enormes territorios asiáticos y africanos. El dominio sobre esos pueblos se justifica alegando derechos de conquista que se disfrazan con mentidos idealismos y falsas civilizaciones.

Después de la guerra, vencidos los imperios centrales, el colonismo francés e inglés encontraron donde extenderse. A costa del desmembramiento de Turquía, Francia estableció su protectorado sobre Siria y otras regiones del Asia e incorporó su imperio colonial parte de las colonias alemanas de África. Los imperialistas franceses abren así nuevas rutas a su comercio, pero los "republicanos de la victoria" pretenden mantener en pie las tradiciones de la Francia revolucionaria y liberal, disfracando su dominación militar con un protectorado civil aceptado por los protegidos...

Pero es fácil comprender que toda dominación extranjera se mantiene en país conquistado a base de brutalidades y violencias. Y es lo que ha revelado recientemente el telégrafo, al constatar las revueltas producidas en Siria al ser conocida la resolución que establece el mandato francés sobre aquel territorio. Los sirios se han levantado contra la dominación francesa. Y los ejércitos de la República, los emisarios de la civilización y de la democracia en aquella colonia asiática, sofocaron el gesto rebelde de los que no aceptan tan paternal protectorado...

Naturalmente que los gobiernos europeos tienen siempre sus "razones" para justificar sus actos de bandidaje en tierras conquistadas. Y es lo que ha hecho, en esta ocasión, el democrático gobierno francés. Para hacer ver que no hay conflicto entre el pueblo sirio y sus nuevos amos, se dice que los recientes disturbios fueron provocados por bandidos. Ved el informe que, sobre los sucesos que comentamos, publicó una agencia informativa francesa:

"El bandido que disparó contra el general Gouraud es el mismo que mató el año próximo pasado al ayudante del general francés. Habiendo sido arrestado y conducido en un camión de prisioneros de Van con



La ola avanza... Es la airada protesta de los sin pan, de los sufridos, de los sanjos: la protesta iracunda de los que llegaron a comprender que sólo en la rebeldía está su salvación.

Ninguna fuerza humana será capaz de detener la ola. Una fuerza misteriosa arrastra a las multitudes a esa lucha desesperada. Y nada detiene el ímpetu de ese formidable ejército de proletarios que, cual torrente desbordado, invade los estados llanos del capitalismo y destruye los diques que la autoridad opone a su avance.

En la protesta airada de un pueblo está plasmada su virilidad. Y los pueblos que saben protestar, no son pueblos vencidos. Protestemos, protestemos siempre, porque la protesta es el signo de nuestra virilidad y de nuestra rebeldía.

destino a Damasco, otros bandidos intentaron apoderarse del camión con el propósito de libertar al asesino, de la que resultó una refriega en la que fueron muertos tres soldados franceses y varios heridos".

Y nada más. Todas las protestas del pueblo sirio serán sofocadas a sangre y fuego, como lo son las que se producen periódicamente en la India y en otros "protectorados" ingleses y franceses.

La misión "civilizadora" de Europa, llevada a Asia y África por los soldados y cimentada por el capitalismo, consiste en imponer un "protectorado" que rechazan y repudian los que aparecen como protegidos. Pero la protesta de esos pueblos "inciviles" no se tiene en cuenta, porque por algo los "civilizadores" demuestran su superioridad en el arte de exterminar con el menor esfuerzo a pueblos enteros.

Hoy, como en las épocas en que el derecho constituía un elemento de fuerza, la conquista se realiza ex-

terminando a los pueblos invadidos y la civilización se impone a sangre y fuego. Progresamos...

La fortuna de Bebel

Ha surgido una disputa que varios diarios aprovecharon con fines políticos—nos referimos a la prensa europea—Se trata de la fortuna de Bebel, el gran apostol de la Internacional.

Lo dejado por este hombre que luchó contra los ricos y la riqueza, asciende a la bonita suma de 1,170.505 francos. Sus deudos no han podido repartírsela sin pelearse y han recurrido a los tribunales. Entre tanto, todos los diarios socialistas belgas, franceses y alemanes, se encuentran bien atareados para contrarrestar a las diversas guilas que la prensa conservadora de cada país dispara contra la memoria del que—algunos o muchos—consideran el "gran desaparecido".

Es que ya no se usan revolucionarios como aquel Blanqui, de quien dijo Víctor Hugo en una semblanza recientemente descubierta:

"Era el tipo del verdadero conspirador veneciano. Pasó muchos años en la cárcel, cuatro en celda, blanquearonse sus cabellos y estaba contento. Fue su única

alegría, y en su fondo había un sentimiento de venganza. Naturaleza triste y profunda. Nada en su corazón, ni un gusto ni una afección, sin un amor, ni un vicio, ni una mujer. Pasó su vida construyendo planes misteriosos, laberintos de galerías subterráneas para minar la sociedad. Era inagotable en maquinaciones de ese género. "La sociedad de familias", "La sociedad de Estaciones", todas las sociedades secretas salían armadas de su cerebro. El 11 de mayo de 1839 entró una hermana que lo había criado y querido con ternura, y salió del cementerio para ir de calle en calle a reconocer las posiciones que ocupaban los amotinados en aquella fecha y continuar el ataque al día siguiente. Todas las llamaradas del 93 estaban en sus pupilas. Tenía un ideal noble: por el pensamiento Marat; por la acción Thibaud. ¡Hombre espantoso, prometido a destinos sombríos, que tenía el aire de un espectro cuando pensaba en el pasado, y de un demonio cuando pensaba en el porvenir!"

Claro está que se nos dirá que Bebel no era un revolucionario en el estricto sentido que se le da hoy a esta palabra, como no son revolucionarios los Justos, y Palacios que andan por aquí.

Por eso no es extraño que estos si mañana murieran—cosa que no les deseamos, porque no nos dan ni frío ni calor—dejaran fortunas más saneadas todavía que las de Bebel.

Esto, en cierto modo, explica porque ellos, pasándolo tan ricamente en este valle de lágrimas, puedan decirles a los obreros, cuando se sublevan e incurren en algunas violencias: "Calma, compañeros, calma... Todavía el momento no ha llegado... Hay que esperar".

Con fortunas como esas de Bebel, Repetto, Justo y Cia. es indudable que hay razones para no ser impacientes. Por cierto no resulta difícil esperar cuando se está comodamente repantigado en un sillón.

Hambre y tuberculosis

"El obrero vive en el mejor de los mundos"; se ha dicho. "No tiene razón para quejarse con los jornales que hoy se le pagan pues puede muy bien vivir y hasta ahorrar".

Estas palabras han sido pronunciadas en el Instituto Popular de Conferencias y es el señor Ceballos quien ha pretendido demostrarnos con una serie de citas, el ahorro que casi todos los trabajadores logran hacer, después de algunos años de estadía en la Argentina.

Pero basta preguntarse qué gasta y qué gana un obrero con hijos para comprender cuán absurdas y fuera de lugar son las afirmaciones de este sociólogo a la violeta.

Hagamos un pequeño presupuesto para una familia de cinco personas. Veamos lo que necesita gastar diariamente para comer y dormir solamente, dejando de lado diversiones—que a los pobres les son prohibidas—vestido, calzado, etc.

Una pieza en un conventillo	\$ 1.50
Pan	0.90
Papas	0.20
Verba	0.10
Azúcar	0.15
Acetate	0.15
Carne	0.40
Leña o carbón	0.20
Jabón	0.05
Verdura o fruta	0.10
Total	\$ 3.75

Este es el presupuesto más reducido de una familia de cinco personas. Y como ya se ha dicho, hemos prescin-

Figuras y episodios revolucionarios

MATEO MORRAL

Todos los que conocen el espantoso martirologio de la clase obrera y campesina de España, no se extrañarán al comprobar las veces que se atentó a la vida del rey de España o de los hombres de Estado de ese país. La violencia engendra la violencia y el temor de un castigo ejemplar, viniendo de los de abajo, ha influido más de una vez para que las clases altas adoptaran un liberalismo, con el cual no comulgan sino es por la fuerza de las circunstancias. La política liberal de todo gobierno hacia el pueblo no tuvo nunca otras causas. Jamás concedieron de buen grado lo que se les arancó por la fuerza. Las pocas libertades que se le ha concedido al pueblo durante el curso de la historia, están jalonadas de muertos, de héroes que se sacrificaron por el bien común.

Con la historia de esos héroes podría confeccionarse uno de los más bellos libros, cuyas enseñanzas llevarían en sí una profunda moralidad y nos harían comprender todo lo que le debemos a ciertos hombres.

Repetimos, pues, que no es extraño que el rey Alfonso XIII, entintado con la sangre de Ferrer y de otros mártires, haya sido objeto de varios atentados, escapando hasta ahora al odio tenaz de los revolucionarios españoles.

El 31 de mayo de 1905, al visitar oficialmente París, le fué arrojada una bomba. Los caballos fueron muertos y algunos soldados resultaron heridos. El autor no fué hallado, pero se aprovechó la ocasión para desembarazarse de algunas personas consideradas molestas. Se instauró un proceso, siendo los principales inculcados Carlos Malato y Pedro Vallina, quien fué detenido antes del atentado y acusado de haber fabricado las bombas. En su defensa, éste camarada declaró que las bombas estaban destinadas para el rey de España, pero debían ser empleadas más tarde en España. La opinión pública francesa, que aun no había olvidado los horrores de Montjuich y de Alcalá del Valle, se manifestó hostil a

dido del vestido, del calzado, de la contingencia de una enfermedad y de otras muchas cosas, como ser tranvías, etc.

La familia de nuestro ejemplo necesita para siete días pesos 26.25, y tomando como tipo medio del salario el de cuatro pesos y medio, nos dará el resultado de que el jefe de esa familia, cuando trabaje y suponiendo—¡que ya es suponer— que trabaje los seis días, cobrará treinta pesos. Le quedarán tres pesos con veinticinco centavos para vestirse, ir al biógrafo, tomar el tranvía y echar la casa por la ventana, cuando haya de festejar algún fausto acontecimiento.

¡Tres pesos con veinticinco centavos con los cuales podrá tener capitales en los Bancos, después de deducir los gastos indispensables para vivir... murliendo lentamente!

Pero se nos dirá: ¿No hay jornales obreros mayores a los cuatro cincuenta mencionados?

Sí, los hay. Solamente que nosotros hemos tomado un salario mínimo y un presupuesto mínimo de gastos. Pocas familias de cinco personas hay en Buenos Aires que puedan vivir con 3.75. Además nuestro propósito ha sido dar una ligera idea de que, magüer lo propalado por ciertos sociólogos tarambanas, hay familias obreras que padecen hambre y que el sesenta por ciento de la población proletaria, con los salarios que ganan, sólo son candidatas a la tuberculosis.

los inquisidores españoles, y la misma prensa burguesa observó una actitud simpática hacia los acusados, quienes, al poco tiempo, fueron absueltos, sin que se les pudiera probar nada concreto.

Exactamente un año más tarde, el 31 de mayo de 1906, fué lanzada desde los balcones de la calle Mayor, una bomba sobre el cortejo nupcial del rey Alfonso XIII. Nuevamente el soberano resultó ileso, aunque su coche fué hecho trizas y 30 de sus cortesanos y esbirros fueron muertos en el lugar.

El autor de ese atentado era un joven de gran cultura, Mateo Morral, perteneciente a una familia muy rica, maestro en la Escuela Moderna de Barcelona, fundada por Ferrer y colaborador de varias publicaciones anarquistas.

Morral, hombre de sentimientos generosos, de aguda sensibilidad y poseedor de una vasta cultura, tenía conocimientos de química, y el mismo preparó la bomba, cuyo poder explosivo dió bastante que hablar a los entendidos.

Muchos ya, entonces, en la prensa española discutieron el caso de este hombre bueno con bondad de niño, inteligente y, por lo general, de carácter dulce y, sin embargo, capaz de tal acto de violencia ciega. Pues bien; Ramón y Cajal, que tantas veces ha comparado nuestra sociedad a un organismo viviente, podía decirnos del dolor de ciertas células, heridas más en lo vivo que otras, por los actos inconsultos del cuerpo social... ¿No es natural que esas células reaccionen con desatada vivacidad? Sucede así en todas las cosas. En el organismo social hay seres en quienes el dolor colectivo se hace carne y sentimiento y para ellos no hay paz, no hay reposo, no hay sosiego hasta que no hayan satisfecho ese deber que su conciencia le impuso como un acto para redimirse a sí mismos y a los demás. No obrar, lo reputan como una cobardía indecible que no les permitiría vivir más sin que un reproche continuo surja de lo íntimo de su ser.

Los que conocieron a Mateo Morral, saben que fué así. Había visto y experimentado la prepotencia de los de arriba y la poquedad de los de abajo: llegó a conclusiones desoladoras y, hombre en quien la inteligencia era más sentimiento y pasión que calculado razonamiento, en una encendida fiebre de prodigarse, de ser útil, se dió todo entero, incendiándose como un astro en la inmensidad, porque esa fué la muerte que su imaginación práctica soñó para sí.

La realidad, luego, fué otra. Algunos días después del atentado, por uno de esos azares — cuya estupidez induce a ciertos hombres a hablar de la fatalidad del destino — hizo que Morral cayera en manos de la policía. A fin de escapar a los "procedimientos" de la "justicia" española, de la cual conocía los horrores, mató al policía, suicidándose enseguida.

Los jesuitas de España, anhelosos de suprimir la Escuela Moderna de Barcelona, obtuvieron la acusación de Francisco Ferrer, como cómplice, pero, merced a las protestas internacionales que se hicieron oír con vehemencia, fué puesto en libertad.

Sin embargo, no por mucho tiempo, pues en 1909 pudieron tomar su triste

revancha, habiendo encontrado la siniestra figura de Maura como ejecutor responsable, quien, con saña jesuítica, hizo fusilar a un hombre que no cometió otro delito que soñar con la redención de la Humanidad por la educación del niño.

La acción parlamentaria

Por el hecho de hacerte creer al pueblo que todo problema puede ser resuelto por una votación de la mayoría, desvías a la masa de todo esfuerzo propio y directo. Convierte todo un pueblo en una multitud de menores en tutela, condenados a la explotación de los amos que tienen el dinero y al engaño de los charlatanes políticos.

Es el peor engaño que se le puede reprochar; rebaja los espíritus, excita las conciencias; castra las voluntades e impide la formación, en los ambientes obreros — y hasta en la media burguesía — de esta cosa tan necesaria, tan frágil y

tan difícil de formar: un hombre consciente.

Es una máquina para fabricar electores, o lo que es lo mismo, esclavos.

Por eso obra en nuestra sociedad con un germen de muerte.

Francis DELEANSY

El que tiene fe en la humanidad es inflexible por el amor, no se resigna a perder el transcurso de siglos, ni siquiera de un lustro.

El amor surge de los hombres como maravillosa primavera de las regiones polares, en que las ranas de los abismos cargan de flores entre un sudario de nieves.

Cuando florezca el vegetal humano, el impulso del pensamiento anárquico, ley sobre el matrimonio no tendrá que un solo artículo: el que hace un glo proponía Saint Just: "Todos los que se aman son marido y mujer".

Duca K...

= NOTAS =

La "moral" del ejército

El ejército de la patria se halla en inmejorables condiciones de moral y de disciplina. Jamás ha estado en más excelente pié de guerra que ahora.

Así lo declara un militar argentino de alta graduación. Y casi se lamenta de que no haya un motivo bélico para probar que esa fuerte moralidad existe en nuestras tropas de línea.

Efectivamente. Venimos notando desde hace bastante tiempo que los soldados, en el tranvía, en el tren, en la calle, donde quiera que se presentan dan pruebas de poseer eso que dicen que adorna al ejército: son generalmente guarangos boca sucia y patoteros. Falta al respeto a las mujeres, se insolentan delante de los niños y provocan, en banda, a los hombres honestos que se cruzan a su paso. No les falta ninguna de esas cualidades que hacen del ciudadano un buen soldado. El cuartel realiza en ellos su obra con toda perfección.

Tiene razón el aspirante a generalísimo: nunca estuvo el ejército en mejores condiciones para entrar en combate. Lastima que no haya un motivo bélico para que entre en acción. Y es doblemente lamentable que no los haya, porque cuando esos hijos del pueblo se han convertido en elementos de matanza están mejor en los campos de batalla, que dentro de la población civil.

Hasta sería conveniente que provocasen ese motivo y se llevasen a todos los guarangos y degenerados a las trincheras.

Porqué hay hambre

Hemos dicho y demostrado que en este país hay gentes que mueren de hambre; que son incontables las familias que viven en la más afligente situación de miseria; que las tres cuartas partes de la población nacional sólo come la mitad de lo que precisa para alimentarse. También hemos demostrado por qué existe una situación tan anormal: el acaparamiento que hace la casta privilegiada de todo lo que producen la tierra y el brazo trabajador.

Y no parece que hayamos adelantado gran cosa con haber dicho y demostrado todo esto. La situación de esas tres cuartas partes de pueblo no ha cambiado, ni

tiende a cambiar. El problema tremendo sigue planteado.

Lo curioso del caso, por no decir lo peor, es que los mismos instrumentos de esa casta privilegiada reconocen la grave epidemia que asola al país. Por conducto de su prensa la burguesía nacional sabe ahora que los argentinos pobres están sufriendo tanta hambre como los europeos.

¡Pero vé y dile que este no es, como dicen, un país rico y de inagotables recursos. ¡Te sacarán a patadas, como dicen los diputados en el congreso!

Y tendrán razón; porque el país es bien rico; posee recursos para que viva regularmente 100 millones de habitantes. Pero los burgueses se han adueñado de esas cuantiosas riquezas, y los pobres mueren de hambre porque no se atreven a quitárselas.

¡Qué le vamos a hacer!

¡Compañero, por favor!

Con ingenuidad y asombro decía una española: "Sin embargo, en la mancebia de este pueblo los únicos que han sentido placer y actúan sin reparo alguno en el tráfico carnal, son los que en el presupuesto de la provincia figuran y llenan las planillas de la división de investigaciones."

¡Vaya una novedad, compañero! Dése por enterado que la policía ejerce las mismas funciones en todas partes y que la prostitución como negocio tiene en la policía su mejor vehículo. Desde que hemos conocido a esos elementos de bajo fondo que la burguesía tiene para que le cuiden sus rapiñas y la "sociedad" para que persigan y muerdan a los hombres que quieren iluminar la ignorancia del pueblo, sabemos que esos elementos comercian con la pobreza y la ignorancia de la mujer del pueblo.

Y no podía ser de otro modo. ¿Quién sino esa resaca social iba a llenar la purgante función de "macroff" o "macroff" — como quieran llamarle? — Los que tienen la indignidad de hacerse perros guardianes de las rapiñas capitalistas y de convertirse en sarnas de la cultura del pueblo, ningún esfuerzo tienen que hacer para entregarse al tráfico de carne humana.

¡Si la "sociedad" y el capitalismo favorecen ese tráfico para asegurarse la fidelidad de sus instrumentos!

El

El mo... presenten... gras: Se... ramente... sobre to... cual, pol... En el... de está c... eclesiásti... leadenc... rera a l... lidad má... los ambie... No hablo... sino de... para des... na, al ve... as ment... dres de... por linea... y de las... dad, la s... Polític... gresos r... años, It... los paíse... mites de... desde un... Pero tod... cuanto e... tivas y t... la libert... sentido... veces que... so. El "... subvirtie... de vida, libertad... Todos... ciarse, h... do, etc... hay leyes... Viceve... Italia, si... en el o... calles le... cialista... de ser ca... atroz y t... no es "... tampoco... los ojos... de la p... Este t... tra la li... reacción... de ésta... yor razo... de las c...

Italia... una esp... decir aq... ser los r... necesario... vacío, e... diga y l... es neces... vista pr... medio p... el todos... letariad... ces es I...arlo a... clo de s... blamiento... bre. La... cialista... El pr... de lucha... discreta... que eso... era dem... tes de... no estat... de la bu... titula p... de segu... razones... y revol... ese esta... hecho, o... que... equilibri... Esto... empez... tra por... tante, e... nera cr... fuerte... desplaza...

El movimiento social en Italia

PARA LA PROTESTA

El movimiento social en Italia puede presentemente resumirse en pocas palabras: *Se va hacia atrás a paso progresivamente acelerado.* La reacción triunfa sobre todos los campos: moral, intelectual, político y económico.

En el campo moral el período presente está caracterizado por la religiosidad eclesiástica en aumento, paralela a la decadencia de las costumbres, a la carrera a los placeres brutales, a la credulidad más estúpida difundida también en los ambientes antes más desprejuiciados. No hablo sólo de la credulidad religiosa, sino de la credulidad en general: hay para desesperar de la inteligencia humana, al ver cómo la gente cree hoy todas las mentiras despachadas por los atacadores de cráneos del periodismo a tanto por línea! En el campo de los estudios y de las letras triunfan la peor mediocridad, la superficialidad y la ignorancia.

Políticamente, ateniéndose a los progresos realizados en los últimos treinta años, Italia podría considerarse uno de los países más libres, dentro de los límites de las instituciones burguesas y desde un punto de vista constitucional. Pero todo esto vale menos que nada, en cuanto el arbitrio de las castas gubernativas y de las clases dirigentes suprime la libertad, viola la justicia, ofende todo sentido de dignidad humana todas las veces que esto puede resultar provechoso. El "fascismo" ha coronado la obra subvirtiendo completamente toda norma de vida, precisamente en nombre de la libertad.

Todos son "libres" en Italia para asociarse, hacer periódicos, pensar a su modo, etc. Ninguna ley lo impide y hasta hay leyes que garantizan estas libertades. Viceversa, en tres cuartas partes de Italia, silbar la "Internacional", ponerse en el ojal un clavel rojo, recorrer las calles leyendo abiertamente un diario socialista hace correr graves riesgos, puede ser castigado con el apealeamiento más atroz y también con la muerte. Todo esto no es "legal", ciertamente; pero no es tampoco ilegal, puesto que sucede bajo los ojos cerrados, benévolo y tolerantes de la policía y la magistratura.

Este triunfo de la arbitrariedad contra la libertad de todos se entrelaza a la reacción sobre el terreno económico, y de ésta saca su alimento mayor, su mayor razón de ser, las tres cuartas partes de las causas de su éxito.

Italia atraviesa a causa de la guerra una espantosa crisis económica. Inútil decir aquí los motivos y cuáles podrían ser los remedios, cosa para la cual sería necesario un estudio a propósito. Hay un vacío, escavado por cinco años de pródigo y loca destrucción de riquezas, que es necesario colmar. Desde el punto de vista proletario no había más que un medio para colmar el abismo: echar en el todos los privilegios burgueses. El proletariado no realizó esta obra, y entonces es la burguesía la que quiere obligarlo a rellenar sus vacíos de caja a precio de sudor y de sangre, con un redoblamiento de explotación y de servidumbre. La reacción antiproletaria y antisocialista tiene este objetivo preciso.

El proletariado, con cincuenta años de luchas, había alcanzado en Italia una discreta situación económica. Es cierto que eso, desde nuestro punto de vista, era demasiado poco; pero era algo. Antes de la guerra tal situación no sólo no estaba en contraste con los intereses de la burguesía, sino que más bien constituía para ésta una especie de válvula de seguridad. Nosotros teníamos otras razones — razones nuestras, anarquistas y revolucionarias — para oponernos a ese estado de cosas: pero el estado de hecho, objetivamente considerado, era ese — que podía llamarse una especie de equilibrio reformista.

Esto duró hasta el 1911. El equilibrio empezó a aparecer inestable con la guerra por la Libia contra Turquía. No obstante, el proletariado superó aquella primera crisis, la venció y salió de ella más fuerte. Pero aquel primer choque había desplazado al reformismo más róseo, ha-

bía hecho más agresivo al proletariado, — recordar la "Semana Roja" de 1911 en las Marcas y en Romagna, — y había irritado y alarmado al capitalismo. Esta fué una de las más fuertes razones por las cuales, aún contra los intereses verdaderos de la nación y contra muchos de sus propios intereses contingentes, el capitalismo pesó fuertemente en la balanza a favor de la guerra, para hacer entrar a Italia en el torbellino infernal que estaba devastando a Europa. "¡Por fin no sentiremos hablar más de socialismo, de sindicalismo, de huelgas, de revolución!" — decían abiertamente muchos burgueses.

Se sabe cómo se desarrolló la guerra y se saben todas las peripecias de post-guerra. En su desgracia el proletariado podía encontrar una razón de revancha; tuvo, por casi dos años, la posibilidad de hacer del mal un motivo de bien, es decir, de sacar de los daños de la guerra la conclusión menos desastrosa para sí; hubiera podido hacer la revolución italiana. No hay que creer que en esta revolución todas hubieran sido flores: al contrario! La revolución después de la guerra no podía sino ser dolorosa y atormentada; pero... hubiera sido la revolución. Esta habría podido influir por lo menos sobre el resto de Europa, limitar y dotener los progresos de la reacción internacional; y en Italia, a través de la revolución se habría por lo menos llegado a un nuevo equilibrio, tal vez no socialista, pero siempre más libre y más avanzado hacia el porvenir.

En cambio se dejó pasar inútilmente el tiempo. Quizá la visión de los sacrificios y dolores que habría costado la revolución ha influido también para contener al proletariado, o, mejor dicho, a sus jefes... Pero es el hecho que el capitalismo y el Estado italiano han tenido tiempo de tomar aliento, de recoger sus energías y de comprender — demasiado para nosotros — que ellos, aunque están en el más humillante estado de quiebra frente a los capitalistas y Estados rivales y concurrentes, en cambio son aún muy fuertes frente al proletariado, contra ese que ellos llaman el "enemigo interno".

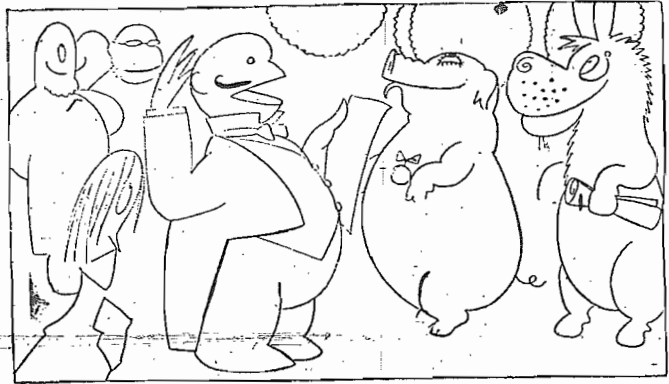
Y ahora es la burguesía la que tiene el cuchillo por el mango, y lo emplea con una ferocidad y una insensibilidad moral indescriptibles. Una vez más se puede constatar en Italia — lo que el proletariado parisiense constató a sus expensas en 1848 y en 1871 — que las brutalidades, las violencias y las matanzas, a que se dejan transportar las clases obreras en los momentos de tumulto y de exasperación, no son nada en cantidad, intensidad e inhumanidad en comparación con la brutalidad, la violencia y la matanza sistemáticas y fríamente organizadas de sus capaces y que efectivamente practican las clases dirigentes, que sin embargo se jactan de más educadas e instruidas.

Además de Francia en el 48 y 71, esto se ha constatado en Alemania y en Hungría después de las recientes revoluciones; y también en los otros países.

El proletariado italiano sufre hoy el amargo castigo de sus hesitaciones y de sus renunciaciones! La burguesía le hace sentir en la garganta el filo del cuchillo que tiene por el mango y le da con los hechos la lección tremenda de que para los oprimidos y los explotados el mayor error es el de haber podido y no haber osado vencer; y esos dolores y sacrificios que el proletariado quizá ha creído evitar renunciando a la revolución, debe hoy soportarlos lo mismo y tal vez peores, agravados con el desconsuelo de que ellos beneficien sólo y exclusivamente a sus opresores y explotadores, a sus enemigos.

El proletariado italiano, y por él sus jefes, creyó — cuando hacía fines de 1920 renunció a toda idea de revolución, a pesar de las insistencias contrarias de las minorías comunistas y anarquistas — creyó probablemente poder conservar las posiciones adquiridas, o por lo menos volver a aquel equilibrio reformista de

EN LA EXPOSICION GANADERA DE PALERMO



— (El pobre diablo) ¡Quién fuera cerdo! No solamente mantenido y cebado, sino que hasta condecorado!

antes del 1914 y del 1911. ¡Qué ilusión! No tenía en cuenta la crisis, el abismo abierto por la guerra, que alguien debe rellenar, y no comprendía que desde el momento en que renunciaba a colmarlo con los privilegios burgueses, habría pensado la burguesía en rellenarlo lanzando en él las conquistas obreras de estos últimos treinta años.

No es posible que sea de otro modo. La situación relativamente discreta de la clase obrera en 1914, no podría ser mantenida hoy sino a condición de que la burguesía se resignase a no ganar, más bien a reponer, por lo menos durante algunos años.

¿Y porqué debe resignarse, desde el momento que ahora ella se siente la más fuerte, desde el momento que puede continuar ganando, enriqueciéndose, quitando al proletariado lo que le había dejado tomar hace muchos años por temor de algo peor, cuando esto le dejaba un margen suficiente de provechos? Hacer reformismo socialista es un lujo que se puede tomar la clase dirigente, cuando la producción es activa, cuando la población numerosa tiene un desahogo en la emigración, cuando las cesas van bien. Pero cuando las cosas van mal, cuando hay crisis cuando hay contraste entre exceso de población y deficiencia de productos, cuando la producción es demasiado costosa o se paraliza, entonces el capitalismo dice: ¡alto ahí! ¡Entonces el reformismo de Turati se vuelve un enemigo ni más ni menos que el comunismo de Bombacci!

La fórmula de Saverio Nitti "producir más y consumir menos" no puede ser actuada más que por aquella de las dos clases enemigas que ha resultado la más débil: la clase trabajadora. Y esa fórmula significa: volver a trabajar, en vez de ocho, diez o doce horas como en el pasado, y quizá más, y contentarse, en cambio, con no morir de hambre, es decir, contentarse con un negro trozo de pan o un poco de polenta, con cebolla y porotos, como cincuenta años atrás, en los tiempos de la pelagra y de la inedia. Despues, cuando apretando la prensa de la explotación humana, la burguesía haya enriquecido la sangre de sus venas, vuelto a llenar sus cofres, "reconstruido" sus fortunas, si durante este tiempo el proletariado habrá vuelto a recobrar un poco de fuerza, volverá a tratar con él a dejarse sacar nuevamente concesiones y derechos. ¡Y estaremos en el punto en que estábamos en el 1900—1910, de reformista y giolittiana memoria.

¿Cuán durará es período? Es imposible hacer previsiones; pero no está bien hacerse ilusiones. El período de hambre y también de opresión política y moral — puesto que le correspondería un paralelo agravamiento de la tiranía estatal en perjuicio de todas las libertades — puede no ser breve. A menos que... A menos que el proletariado no encuentre todavía en sí mismo la fuerza y la energía para despedazar el círculo vicioso, para desviar su navío, con un audaz golpe de barra, de la ruta que le conduce al desastre.

Aun cuando la esperanza de un semejante "hecho-nuevo" se debilita cada vez

más, esa esperanza no ha muerto aun en nuestro corazón...

Quienes en común con el proletariado deberán expiar con amargas lágrimas la gran culpa de hesitación y de vileza frente a la historia, serán en Italia las clases medias, y especialmente las categorías de los empleados, tan numerosas. Todos los empleados del Estado, de las Comunas y de las administraciones públicas, médicos, maestros elementales, institutores, profesores, etc, constituyen en Italia una clase muy importante. Ahora bien, esta clase está en vísperas del *reddé rationem*, en vísperas de pagar también su vileza, su inconsciencia, y, sobre todo, el egoísmo con que se ha separado — hablo, se entiende, en línea general — de la clase trabajadora.

Antes de la guerra estas categorías competaban con el socialismo, con la Confederación del Trabajo, etc. Algunas veces anarquizaban también; pero en su mayor parte constituían la clientela del reformismo, y a la cabeza de sus asociaciones profesionales estaban, en efecto, conocidos hombres políticos del socialismo reformista, como Brunelli, Soglia, Varazzani, Campanozzi, etc. Hasta la víspera de la entrada de Italia en la guerra, mientras esperaban que Italia quedase neutral, tales categorías permanecieron bastante fieles al socialismo; pero apenas declarada la guerra se dieron vuelta... por amor a la patria! En realidad ellas creerían simplemente que de este modo salvarían mejor la causa de la paga.

Terminada la guerra, de nuevo la clase de los empleados se acerca lentamente al socialismo; ellos hicieron sus huelgas, como los obreros, y obtuvieron, bajo la presión de todo el vasto movimiento obrero, más que por obra propia, — y contribuyó el segundo fin del Estado de tener sujetos lo más que le era posible a sus servidores — notables aumentos de sueldos y mejoras no despreciables en sus condiciones. Pero he aquí que ahora el Estado advierte que para sus magras finanzas los empleados son muchos, y necesitaría licenciar una parte de ellos; y que los salarios pesan en el balance en medida excesiva, superior a las entradas, y por tanto es necesario reducir tales salarios. ¡Desplómate cielo! Ahora los empleados gritan como ocas desplumadas que los salarios no alcanzan y que disminuirles la paga significa reducirlos al hambre a ellos y a sus familias.

Y dicen la verdad, porque su suerte en esto es igual a la de los obreros, quitando la ventaja de la seguridad y continuidad de la paga, que los empleados tienen y los obreros no, estando estos expuestos a la desocupación mientras los empleados quedan siempre ocupados. Pero puesto que el costo de la vida se mantiene siempre alto, y actualmente tiende más bien a crecer, es una verdad que los salarios de los empleados, si bien son bastante superiores a los de hace cinco años, constituyen hoy el mínimo indispensable para vivir y por consiguiente no deberían ser disminuidos.

Pero es también una verdad que el Estado, las Comunas, las administraciones públicas, etc, si continúan gastando más de lo que entra en sus cajas irán a la

ruina; que no pueden aumentar sus entradas porque de las clases pobres no hay más nada que extraer, y las clases ricas porque son las más fuertes consiguen dar menos en vez de dar más. Además, es una verdad que el Estado está para defender los privilegios de la clase dirigente, y no puede sacrificar a esta por sus empleados. Y el remedio relativo que aportaría el suprimir la burocracia más alta, más inútil y más costosa, tampoco es posible, porque ella es precisamente el órgano más resistente del Estado que... la debería suprimir. La conclusión es que no bien haya terminado el debilitamiento de las energías proletarias, en cuanto el Estado no la tema más, entonces pensará en restablecer en su ventaja el equilibrio entre sus entradas y sus salidas, segando y reduciendo a la mitad los sueldos de los empleados, abolendo las actuales indemnizaciones por la carestía de los víveres, etc, aunque la carestía de los víveres llegará a mayores alturas. Ese será el día en que estas categorías, en número elevadísimo en Italia, se darán cuenta de que la fortaleza y el éxito del proletariado constituía a sus espaldas una muralla de seguridad y de defensa; y cómo, habiéndose divorciado de las masas trabajadoras, o por lo menos habiéndose ocupado poco de ellas, se traicionaban a sí mismas.

No me importa en este momento examinar el problema de si, y en cuánto, esta especie de pequeña burguesía empleada y profesionalista puede ser útil

a la revolución, y cuál sea la mejor actitud que el proletariado, desde su punto de vista, deba adoptar hacia ella. Yo constato aquí el fenómeno que en Italia—y creo que será lo mismo en otras partes—tiene una gran importancia, para sacar una conclusión objetivamente lógica. Y la conclusión es esta: que si el proletariado, y con él las clases que tienen intereses más próximos a los suyos y más en oposición con el capitalismo y el Estado, no rompe el círculo vicioso que se ha creado con la guerra, no interrumpe con una intervención voluntaria, *orgánica y organizada*, el curso natural de los sucesos que nace de un pasado que ya no se puede remediar, todos nosotros, la misma civilización italiana, entendida en su mejor significado, deberemos resignarnos a las torturas multiformes de un infierno social, del que no sabremos cuando se retornará a aquella especie de purgatorio, que, sin embargo, nos parecía tan horrible, de la vida de *anteguerra*.

Nuestro paraíso, el paraíso de nuestras aspiraciones, de la fraternidad, de la justicia y de la libertad para todos, sobre la madre tierra y en la vida real, que aún no hace mucho creíamos tan cercano, se alejará en el tiempo hasta volverse un sueño: la Utopía, que inflammará, sí, los corazones de los hombres que vendrán después de nosotros, pero que en nosotros mismos, siempre a ella fieles, siempre de ella enamorados, continuará dando más dolor que alegría....

Luis FABBRI

En el país de los Soviets UNA VISITA A LA PRISION DE BUTIRKA

Mi amiga L... es física e intelectualmente, uno de los seres más encantadores que he encontrado en Rusia. Profesora de derecho en la Universidad, miembro de la presidencia de los jueces en el Tribunal revolucionario, me había hecho penetrar en los arcanos de la justicia comunista. Gracias a ella, yo que no había conocido hasta entonces más que carceleros, he sido recibido con la más perfecta amabilidad por los jueces de instrucción, por los presidentes de la Corte de casación y por varias notabilidades de la magistratura, había tenido asientos privilegiados en las sesiones del tribunal y había asistido también a las deliberaciones secretas de los jueces.

L... me propuso un día visitar con ella la prisión Butirka. El deseo no me faltaba, pero no ignoraba que, a pesar de la libertad relativa de que gozaba, la sospecha pesaba aún sobre mi persona y no podía permitirme, sin grandes precauciones, ciertas encuestas. Pedí pues a L... que enviara, no a mi nombre particular, sino al comandante del *Dietovod Dvor* un permiso colectivo para visitar la prisión Butirka.

El día designado, éramos una veintena de delegados, pero una cosa, desde el principio, me pareció extraordinaria, los veinte delegados estaban acompañados de otras tantas personas que nosotros no habíamos nunca visto en particular en nuestras excursiones.

Una visita a Butirka era algo tan sensacional que los intérpretes, los dactilógrafos, las enfermeras y hasta los sirvientes de nuestro hotel se hubiesen decidido a acompañarnos en corporación? No tardé en darme cuenta de que la curiosidad no tenía sino un puesto mínimo en su determinación y que las órdenes del camarada Dzerjuzki habían contribuido grandemente a este éxodo.

Cada cual de nosotros tenía a su lado su mentor y su vigilante. Pero como esta vigilancia hubiera podido sernos odiosa y repugnarnos, había tomado la forma de una sonrisa de mujer o la amabilidad excesiva de un intérprete.

El azar me dió como guardián a la "tovarisch" A... una rubia elegante y esbelta que, a decir verdad, era muy bonita.

El oficio de policía exige cualidades de seducción que no son dados a todo el mundo.

Ahora bien, la mujer, por naturaleza

y por destino, es una seductora, esta, pues, calificada para jugar en las filas de la policía secreta un papel superior. La "Tovarisch" A... no dejó, para retenerme con ella, de emplear los encantos que la naturaleza le había distribuido con prodigalidad.

Ciertamente, no ignoraba que el cajero de la "Tchresvytchaika" le pagaba, a razón de 10.000 rublos por mes, las sonrisas y los apretones de manos con que ella me gratificaba, pero el juego no era desagradable y podía, puesto que no estaba bajo el engaño, aprovechar la situación para hacer una información más seria de lo que era permitido. Resolví pues, hacerle comprender que no era insensible a su belleza. Sólo que eso era bastante difícil.

En esa época, los delegados habían aprendido, casi todos, algunas palabras del ruso: sabíamos decir: *khib* (pan), *tchai* (té), *tovarisch* (camarada) y *ni poi ni mailú* (no comprendo); los más sabios podían contar al menos hasta diez. Con un poco de buena voluntad hubiera podido quizá murmurar: *la vas libhú* (La amo). Pero además de que esta frase era un poco simple para expresar una situación psicológica bastante complicada, no me arriesgué a pronunciar estas deliciosas palabras de un modo deplorable y las palabras de amor son como los cuentos marseleses: es preciso decirlos con el acento. Me contenté, pues, con expresar mi admiración con los ojos y las manos, lo que, después de todo, es, en todos los países, un modo bien expresivo de hacerse comprender.

La prisión de Butirka es una prisión preventiva, los condenados van a otros lugares, a los campos de concentración.

Aunque la ley declara que todo acusado debe ser interrogado en las cuarenta y ocho horas siguientes a su arresto y juzgado en un plazo de dos meses, la mayor parte de los presos de Butirka, siendo adversarios del régimen: mencheviques, L. R. o anarquistas que no habían cometido ningún delito, se les guarda, sin juzgarlos ni interrogarlos, tiempos indeterminados.

El régimen no es muy severo: desde las 6 de la mañana a las 8 de la noche las celdas están abiertas, así como las puertas de los patios, de suerte que los detenidos pueden pasearse libremente en los corredores, salir a los patios e ir a las demás construcciones.

El alimento es pasable: una libra de pan por día, sopa y *chakat*; de tanto en tanto cigarrillos.

El trabajo es facultativo; hay talleres de zapatería, de confección, etc.; algunos detenidos están ocupados en la cocina o en el blanqueo; los trabajadores reciben un suplemento de pan de media libra por día.

Las celdas están ocupadas cada una por una decena de detenidos, su limpieza es relativa y varía siguiendo los ocupantes; se nos dice que el estado sanitario es excelente a pesar del número anormal de los detenidos.

Los comunistas — que se encontraban en esta época en número de 132 — acusados de concusión, de abuso de poder, etc. poseen un club, una biblioteca y un teatro, tienen constituido un soviet con presidente, secretario, etc., y deliberan sobre las cuestiones a la orden del día.

Todos los jueves tiene lugar una representación teatral o un concierto; los artistas son los detenidos, comunistas o no, hombres y mujeres; los comunistas organizan igualmente conferencias para los demás detenidos, sobre cuestiones de economía política, de sociología, etc.

Sólo los detenidos de derecho común (asesinos, grandes especuladores) están encerrados en sus celdas y no tienen derecho más que a media hora de paseo por día.

Lo que se advierte, en esta prisión, es la ausencia de guardianes: los detenidos parecen enteramente libres, solamente los soldados del ejército rojo están encargados de hacer respetar los reglamentos.

Pero esta visita oficial me parecía verdaderamente poco profunda: lo que deseaba, en primer lugar, era interrogar a los prisioneros y es justamente para luchar contra esta curiosidad previstara que se había puesto cerca de mí a la rubia A... de ojos gris perla y de carne blanca como la leche.

Desde que entraba en conversación con algún preso, mi compañera se apresuraba a seducir, con maniobras expresivas, mi debilidad amorosa. Y como, dedicada a mi misión, intentaba resistir a sus encantos peligrosos, vino a llevarme por los rincones oscuros y a separarme completamente de los demás delegados, los cuales, bajo formas diversas, se encontraban ante las mismas dificultades para informarse.

Entramos por los corredores desiertos y, cumpliendo con celo su profesión, se esforzaba por retenerme. Yo estaba como el asno de Buridan: no ignoraba cuán ilusorias eran sus ternuras y qué móvil las determinaba, no había, por lo demás, venido a Butirka para gozar del amor, y sin embargo, era tan bonita y tan rubia... Y además sucedió algo... ¿cómo diré yo esto en términos propios: Cuando uno juega con el fuego se quemará. Se puede bien ser policía, pero no se deja por eso de ser mujer. Al fin de algún tiempo de este juego frívolo, pareció tomarle gusto y no fué solamente por el salario de su mes, sino que a los apretones de manos, a los contactos del cuerpo y a los llamados de las pupilas, añadió el juego de los labios...

Llegamos, no sé cómo, a la prisión de las mujeres, al último piso del edificio. Era un inmenso granero, iluminado por claraboyas, en el que se encontraban centenar de camas; clavos sostenían los vestidos de las presas: extraño *bric a brac* que sentía el empocheamiento.

Veinte mujeres me rodearon; lloraban en su boca los lamentos; todas querían acercarse más, algunas buscaban mis manos para estrecharlas o abrazarlas.

No comprendía sus palabras, pero no dudaba de que pronunciaban con fervor la vieja y dolorosa fórmula ortodoxa: "Por el Dios vivo, tú que eres Jesús, el libertador de los hombres, cúranos de nuestros males".

Cosa extraña, mi "guardiana" no decía nada, perdida en no sé qué sueño, parecía no ver ni oír.

Yo pronunciaba: *Ruski ni poi ni mailú* (no comprendo el ruso). O voces contrariadas: "No comprende el ruso". Pero al mismo tiempo un concierto de *leglota* brotó, como una invocación a las potencias tutelares: "¡Salvados, salvados!" En idiomas que conocía, interrogaba, tomaba notas. ¡Pobres mujeres!

La mayor parte no sabía porqué estaba allí desde hacía meses: se les había detenido en sus domicilios, un día, y estaban en esta prisión, no maltratados, pero lejos del sol y del aire libre: eran sospechosos.

"Mi hérfano ha pasado al ejército de Maekño". "Mi marido ha desertado". "Yo he alojado a un hombre que no conocía pero que el juez declara que es un contrarrevolucionario". "Yo no sé por qué estoy aquí desde hace dos meses, nada me han dicho".

Y el coro volvía, lamentable y conmovedor: "¡Somos inocentes, libertados!" Y una vieja lloraba todas las lágrimas de sus ojos porque no tenía cama y se acostaba sobre sus ropas en el propio suelo.

Marché distribuyendo esperanzas falsas, que eran, cuando menos, palabras de bondad.

Mi singular guardiana no se interpuso, sólo cuando estuvimos solos en el corredor tuvo un gesto de amor y se abandonó... ¿Quizá el espectáculo de las presas le había conmovido? El corazón de los tchekistas ¿es, pues, accesible a la piedad?

En este momento pude ocuparme de información sin que ella pusiese obstáculos. Es así como interrogué a los 39 huestros de Eula de que había precedido. Vi también los especuladores, los contrarrevolucionarios, los funcionarios comunistas acusados de concusión, de abuso de poder, etc. Para nadie los delitos eran muy graves o muy patentes, pues de lo contrario habrían sido entregados a los tribunales extraordinarios de la *tcheka*.

Tres hombres jugaban a las cartas en una celda; se levantaron a mi entrada y me hablaba bien el inglés.

"¿Por qué estás aquí?"
—Oh yo, es muy sencillo, he tomado un millón de rublos.

"¿Y vuestros compañeros?"
—Este es el hombre que me ha prestado ese millón y este es el notario que redactó el contrato.

"¿Y para qué habéis tomado ese millón de rublos?"

Dió esta respuesta extraordinaria:
—"Pero para poder comer".

Diablo, el camarada tenía apetito. ¡Verdad que al precio que está el *beuf tchek!* Los decretos impedían las transacciones de moneda y considerando como un delito el hecho de poseer más de 36.000 rublos, se había encarcelado a estas gentes. Ahora que había probado la vida de todo el mundo, varios millones y yo conocía los lugares en que se traficaba abiertamente con las divisas nacionales y extranjeras sin que los tchekistas intervinieran. Pero el crimen de la especulación es un arma en manos de gobierno, que se sirve de ella para librarse más o menos momentáneamente de la circulación de aquellos que no son muy ortodoxos en materia de comunismo. Porque si hubiera habido que entregar a todos los que especulan...

Hubiera querido entrevistarme con los compañeros anarquistas que moran en Butirka; desgraciadamente hacía más de tres horas que estábamos allí y se nos buscaba para el regreso. Debimos reunirnos en nuestros coches. La bella A... parecía contenta y yo saboreaba la ironía orgullosa de haber seducido a una guardiana. Que los dioses me perdonen. Yo había podido así ver tantas cosas que habían escapado a los otros delegados... y además... ella era policía, estoy bien seguro de ello... pero era tan hermosa y tan rubia...

MAURICIUS.

Un ladrón, que es un sujeto humano con o sin carta de vecindad, no es un hombre, sino una de las posibles transformaciones monstruosas del hombre bajo la influencia social.

Una mujer, licenciosa y desvergonzada no es una mujer, sino una de las variantes monstruosas de la mujer, bajo la influencia de la intemperancia y la intemperancia.

Felipe TRIGO.

LA

"La huelga general es una arma potente de los proletariado y es una ocasión para la revolución social. Y sin embargo, la idea de la huelga general que bien a su En realidad, el proletariado ha superado la huelga general sería ser lo contrario de la huelga general se eficaz de transformarla entendida y por tanto al que usaba En los primeros años del socialismo, y en los tiempos revolucionarios, cuando acuerdo de las luchas vivían una gran parte de las filas garibaldianas desilusionadas, el estrago que los anarquistas hacían de comprender clara sostenido por las abalitado sino con el pueblo a un venciendo en fuerzas de policía soldados que por disciplina. Y por ello se hacía propaganda, se procuraba planes de acción. Los resultados eran mezquinos, porque los fines sociales se hacían la revolución rechazados por en suma, "los tiempos".

Pero la voluntad insurreccional era un poco el medio de la gran empujaba a los frutos; "los tiempos" por obra directa y más por la evidencia de la conciencia del combatidores y patronos. Lo por los revolucionarios. Las esperanzas crecían, y parecían persecuciones, te "inconscultas" e iguales y períodos de alegría, en tiempos de determinar el estado que debía abatir el político y económico una más libre formas de convivencia la libertad de todos, la fraternidad entre todos.

Pero después, el entusiasmo de los entonces también (los socialistas) sus dogmas y sus Y, desgraciadamente, las ciencias científicas, la filosofía científica, el arte, el de los anarquistas

LA HUELGA GENERAL

"La huelga general" es ciertamente un arma potente de lucha en las manos del proletariado y es, puede ser, un modo de una ocasión para determinar una radical revolución social.

Y sin embargo, yo me pregunto si la idea de la huelga general ha hecho más mal que bien a la causa de la revolución.

En realidad, creo que en el pasado el mal ha superado al bien, y que hoy podría ser lo contrario, es decir, podría la huelga general ser un medio en verdad eficaz de transformación social sólo si fuera entendida y practicada de modo distinto al que usaban sus viejos partidarios.

En los primeros tiempos del movimiento socialista, y especialmente en Italia: en los tiempos de la primera internacional, cuando aún estaba fresco el recuerdo de las luchas mazzinianas y estaban vivos una gran parte de los hombres que habían combatido "por Italia" en las filas garibaldinas y que se encontraban desilusionados e indignados por el estrago que los monárquicos y los capitalistas hacían de la Italia verdadera, se comprendía claramente que el régimen sostenido por las bayonetas no podía ser abatido sino convirtiendo en defensores del pueblo a una parte de los soldados venciendo en lucha armada a las fuerzas de policía y a aquella parte de soldados que permaneciera fiel a la disciplina.

Y por ello se conspiraba, es decir, se hacía propaganda activa entre los soldados, se procuraba armarse, se preparaban planes de acción militar.

Los resultados, a decir verdad, eran mezquinos, porque éramos pocos, porque los fines sociales por los cuales se quería hacer la revolución eran desconocidos y rechazados por la generalidad, porque, en suma, "los tiempos no estaban maduros".

Pero la voluntad de la preparación insurreccional existía y encontraba poco el medio de realizarse, la propaganda empezaba a extenderse y dar sus frutos; "los tiempos maduraban", en parte por obra directa de los revolucionarios y más por la evolución económica que agudizaba el conflicto (y desarrollaba la conciencia del conflicto) entre trabajadores y patrones, lo que era aprovechado por los revolucionarios.

Las esperanzas en la revolución social crecían, y parecía cierto que entre luchas, persecuciones, tentativas más o menos "inconsultas" e infortunadas, entre treugas y períodos de actividad febril, se llegaría, en tiempo no muy lejano, a determinar el estallido final y victorioso, que debía abatir el vigente régimen político y económico y abrir el camino a una más libre evolución hacia nuevas formas de convivencia social basadas en la libertad de todos, la justicia para todos, la fraternidad y la solidaridad entre todos.

Pero después, a frenar el impulso voluntarioso de la juventud socialista (entonces también los anarquistas se llamaban socialistas) vino el marxismo con sus dogmas y su fatalismo.

Y, desgraciadamente, con sus apariciones científicas (se estaba en plena "frontera científica") el marxismo ilusionó, atrajo o desvió a la mayor parte de los anarquistas.

Los marxistas empezaron a decir que "la revolución viene, pero no se hace", que el socialismo vendría necesariamente por el "fatal andar" de las cosas, y que el factor político (que es la fuerza, la violencia puesta al servicio de los intereses económicos) no tiene importancia, y que el hecho económico determina toda la vida social. Y así la preparación insurreccional fue desmenuada y prácticamente abandonada.

De paso haré notar que aquellos marxistas que despreciaban tanto la política, cuando era lucha tendencialmente insurreccional, decidieron luego que la política era el medio principal y casi exclusivo para hacer triunfar el socialismo en cuanto entrevieron la posibilidad de ir al Parlamento y de dar a la lucha política el significado restrictivo de lucha electoral; y de este modo se esforzaron por apagar en las masas todo entusiasmo por la acción insurreccional.

En este estado de cosas y en esta disposición de los espíritus fué lanzada la idea de la huelga general, acogida con entusiasmo por los que no tenían confianza en la acción parlamentaria y veían abierto un nuevo y prometedor camino a la acción popular.

El mal, empero, consistió en que los más vieron en la huelga general no un medio para arrastrar a las masas a la insurrección, es decir al abatimiento violento del poder político y a la toma de posesión de la tierra, de los instrumentos de producción y toda la riqueza social, sino que vieron en ella un sustituto de la insurrección, un medio para "hambrear a la burguesía" y hacerla capitular sin emplear otra violencia.

Y como es fatal que lo cómico y lo grotesco se mezclen siempre hasta en las cosas más serias, hubo quienes buscaban hierbas y "píldoras" capaces de sostener indefinidamente al cuerpo humano sin comer para indicarlas a los trabajadores y colocarlos en situación de esperar, en un pacífico ayuno, que los burgueses vienesen a pedir excusas y perdón.

He aquí por qué considero que la idea de la huelga general ha hecho mal a la revolución.

Espero y creo que la ilusión de hacer capitular "por hambre" a la burguesía habrá desaparecido completamente, y si algo de ella hubiera quedado los fascistas se han encargado de disiparla.

La huelga general de protesta o para apoyar reivindicaciones económicas o políticas compatibles con el régimen, si se hace en momento propicio, cuando gobierno y patrones encuentran oportuno ceder enseguida por temor de algo peor, puede ser útil. Pero no hay que olvidar que es necesario comer todos los días y que, si la resistencia se prolonga por muchos días, es necesario someterse ignominiosamente al yugo patronal o insurreccionarse... aunque el gobierno y las fuerzas irregulares de la burguesía no tomen la iniciativa de la violencia.

De lo que se deduce que una huelga general, sea en vista de una solución definitiva, sea por objetivos transitorios, debe ser hecha con la disposición (y la preparación) de resolver la cuestión con la fuerza.

E. M.

LA PLAGA MILITARISTA



Ejército chino: Castigos durante la marcha (Libro de R. Catón Woodville).

LA PSICOPATOLOGIA DE LA VIDA COTIDIANA

En el transcurso de nuestro vivir cotidiano realizamos todos, a más de los actos de que nos damos perfecta cuenta, otros muchos — acaso los más — que pasan inadvertidos para nosotros. Estos actos, que podríamos llamar automáticos, están por lo general subordinados a otros más importantes que aparecen como finalidad de nuestra acción. Así, al ir de un sitio a otro, el acto de andar lo realizamos de ordinario inconscientemente, pendientes de llegar al sitio donde nos proponemos ir. Lo mismo ocurre con la lectura. En ella los actos mecánicos del leer, que en nuestra primera infancia tanto trabajo nos costó dominar, los realizamos sin darnos cuenta, por fijar nuestra atención exclusivamente en el contenido de lo que leemos. Estos son fenómenos de la experiencia de todos, que no necesitan ulterior explicación.

Pero hay otros actos, en apariencia no menos sencillos, como las equivocaciones, torpezas, olvidos y errores que, aun siendo muchas veces conscientes al ser realizados, no lo son, sin embargo, por lo que se refiere a las causas o motivos que los produjeron. Dichos actos tienen, al parecer, sus raíces en lo más hondo de nuestra conciencia y son manifestaciones, explosiones podríamos decir, de estados de ánimo vividos antes y reprimidos más o menos conscientemente por nosotros. Así al menos lo afirma el profesor Freud, de Viena, que ha dedicado al análisis de tales actos una obra

sugestiva, traducida ahora muy inteligentemente al castellano por el señor López Ballesteros y de Torres, ("Psicopatología de la vida cotidiana", Madrid, Biblioteca Nueva, 1922), y que se lee con tanto interés como una novela. A la presentación de algunos casos de ese libro y de su más sumaria explicación van dirigidas estas líneas.

Uno de los fenómenos más corrientes en la vida cotidiana es el olvido de los nombres propios. Para Freud y su escuela ninguno de aquéllos carece de significación. Veamos un ejemplo. Un señor, Y, conocía desde hacía tiempo a otro, X. Ocurre de pronto que aquél empieza a olvidar constantemente el nombre de éste, hasta el punto de que cuando quiere escribirle — lo que necesita hacer con frecuencia — ha de acudir a alguien para que se lo recuerde. ¿De qué procede este olvido súbitaneo? Un estudio del caso revela que el señor Y se había enamorado sin ser correspondido, de una señorita, la cual se había casado poco después con el señor X. Es decir, que el nombre olvidado, "reprimido", despertaba en el señor Y recuerdos y emociones poco agradables.

No menos corriente es el caso de las equivocaciones orales, las cuales tienen también su sentido, como puede verse por ésta. Un caballero, conversando una noche en una reunión, con una joven viuda, sobre los preparativos que se hacían en Berlín para la celebración de las Pas-

Importante descubrimiento científico

El germen del tifus exantemático

cuando el novelista Wells visitó Rusia, de las cosas que más le admiraron comprobar el ardor científico que subsistía en todos los laboratorios de Moscú y San Petersburgo, a pesar de la escasez de alimentos, de ropa y de instrumentos adecuados para proseguir cualquier clase de estudios científicos.

gito de la misma ciudad, ambos han venido trabajando desde el otoño de 1916 en la etiología del tifus exantemático. Después de una serie de experimentos y de laboriosas investigaciones, acompañados de repetidos ensayos, ambos lograron aislar e individualizar el microbio de esta dolencia, el que presenta muchos rasgos de semejanza con el neumococo.

Se espera con vivo interés el resultado que en la práctica obtenga este descubrimiento, pues hasta ahora únicamente se sabía que los cuerpos Rickettsia eran los originarios de dicha dolencia.

sa del tifus es el Rickettsia. Prowazak y quien sostiene esta tesis. Mas también puede darse el caso de que éste no sea sino un eslabón de la cadena de la infección y que los otros gérmenes correspondan a los nuevos cuerpos ahora descubiertos en los laboratorios de investigación científica de Rusia.

Se ha dicho que el tifus exantemático era la historia completa de Europa desde la Edad Media. Lo que no se ha dicho es que la horrible dolencia que tantos estragos está causando en muchas naciones representaba, en la Historia, el necesario colofón a todas las guerras y su natural consecuencia, el hambre.

Desde hace muchos años, Inglaterra ha visto desaparecer esa enfermedad, que sólo sufren los pueblos que han hecho caso omiso de los principios más rudimentarios de la higiene.

Según la Comisión de Sanidad de la Liga de Naciones, en Rusia se registraron en los años de 1919 y 1920 veinte millones de casos de tifus.

La naturaleza de éste fué por primera vez estudiada por Moczutvski, quien descubrió el agente en la sangre de los enfermos; y se inoculó él mismo con esa sangre, sucumbiendo a consecuencia de su ensayo experimental.

Si se demostrara que el nuevo germen descubierto es la causa absoluta de la dolencia, puede constituir para la medicina la mejor arma encaminada a combatir con éxito un mal que ocasiona millares de víctimas en todo el mundo.

rrándome de la mano me enseña: sobre la acera húmeda, a dos pasos de nosotros, un flamante billete de diez pesos reposaba tranquilo e inermis, panza al aire, y a su lado, casi pláandolo, un hombre, un gigante... Dios santo, mi primer impulso fué el de precipitarme sobre esa inesperada "ayuda de la providencia", pero mi amigo retenéndome me susurró: — Puede ser el dueño... Un momento.

¿Tienes un pañuelo? No, no tenía pañuelo. Un minuto de espera, — un minuto de paralizante angustia. Un transeunte pasa. Otro. No te he visto... Hasta que mi amigo, no permitiendo contenerse por más tiempo, con el rostro absolutamente a la cal, emocionado, dió un paso, se acercó, hizo un movimiento para agacharse, pero demasiado tarde. En ese preciso instante el desconocido se movió, cubrió con su ancho pié todo el billete de diez pesos y echó a andar... Y ¡cielos!... el billete con él, adherido; pegado al tacón de su enorme bota.

Nos quedamos como si una centella hubiese caído a nuestros pies.

— Hay que seguirle, exclamó mi amigo reaccionando.

Y allá fuimos en pos de lo que era nuestro almuerzo, cena, etc. con los ojos fijos, imantados por ese talón desde donde asomaba ¡oh, ironía! una sola punta, una sola pequeña punta de nuestro nunca tan codiciado billete... Y caminamos, y caminamos: una cuadra, dos, diez, volvimos una esquina, otra... Y el billete siempre allá, adherido, pegado...

— Hay que tomar una resolución heróica, dije yo. Hay que pisarle los talones... — Los calcañares, dirás... — Al diablo tu casticismo...!

Y sometimos a nuestro hombre al tormento de los pisotones. Primero yo, luego mi amigo: nada. Otra vez yo: nada. Entonces mi amigo, enfurecido, le propinó tal pisotón que casi le descalza. Ante tamaño desmán, nuestra víctima se volvió y...

— Redeú, han perdido la cabeza ustedes?... Dos pasos más y el detentor de nuestra felicidad se metió en un portalón... Desapareció... Y los diez pesos con él.

— Mi amigo ante tan gran desgracia, apenas si tuvo energías para exclamar: — Oh Dios que haces florecer los zapallos, ¿por qué te ensañas con este tu humilde siervo?... At.

El que fracasa y cree que no ha tenido en ello culpa ninguna, nunca progresará Frank Chauning Paddock.

EL BILLETE ALADO...

Invierno. — Una mañana neblinosa y tétrica, una de esas tibias, espectrales, húmedas mañanas bonserenses de aceras viscosas y cielo nublado. Por las calles de la gran metrópoli, yo y un amigo caminando, mejor dicho, patinando sin rumbo. El día anterior no habíamos comido. Y el día presente levantaba ante nosotros sus muros altísimos y densos, obscuriendo todas nuestras esperanzas y vedándonos toda probabilidad seria de comer. Estábamos en el "dernier chapitre" que diría Carrière. Habíamos vendido todo lo vendible y ampeñado todo lo empeñable. Ni ingenio nos quedaba.

Un hambre mal satisfecia de semanas y meses lo había limado y desgastado tanto, que ya todos los resortes se habían aflojado. Sin embargo, mi amigo aún tuvo fuerzas para suspirar: — Si siquiera tuviésemos una novia... — Hombre!... ¿para qué? — Para pedirle una aguja. — Eh... ¿el qué? — ¿No sabes el cuento? ... Te lo contaré...

— Por favor!... — En Roma, o si te gusta más en Pekin o Tokio, un palurdo como nosotros tenía hambre... ¿Qué hace...? Se va al "vicio", donde vivía la novia y le grita: Eh, Gígina, tienes una aguja? — Si, le contesta la novia. — Bueno, tírala. — Pero se perderá, replica la dulcinea. — En sártala en un pan y así no se perderá... — Eres terrible con tu erudición de almanaque Bristol. — ¿Y crees que te pagarán ese cuento mañana? — Hombre, no sé. Me han dado esperanzas. Ya sabes que entre los trabajos de Hercules no figuraba, ni el de escribir cuentos, ni el de cobrarlos por adelantado.

— Oh, lo sé, lo sé... Escucha, arrima el oído a mi estomago: oyes los ladridos del hambre? — Te avienes entonces a mi plan? No contesté. En realidad ese plan de sentarnos en una lechería, elegir una mesa cerca de la puerta, pedir lo necesario para atenuar los arañazos de la fiera, y...

luego, en un descuido del mozo, guinar noslas, no me satisfacía. El burguesito que aún quedaba en mí, protestaba contra ese atentado a las leyes y a las buenas costumbres. Además el plan era demasiado primitivo, No, no me avenía a arriesgar libertad, honra y posibles triunfos por un pseudo café con leche.

— Quiere decir que no accedes? Muy bien. Unas horas mas de ayuno te despejarán en absoluto, y tus prejuicios, ante las trompetas de S. M. el Hambre, se desmoronarán, como los muros de Jericó... Ya verás, ya verás...

Y mi amigo tenía razón. Aquello se estaba haciendo insoportable. Los pies me pesaban, como si fueran de plomo; y mi estómago, ya no era un estómago, sino un zoológico, un arca de Noé, en la que todos los animales de la creación, enfurecidos e irritados, arañaban, ladraban, maullaban, produciendo una batahola infernal de la cual yo solo era consciente.

— Ahaá! — bostezó mi compañero — Las diez! De pronto lanza una exclamación y aga-



El pan nuestro de cada día

(V. Alvarez Sotás).

EL CABALLO VIEJO

La mañana era apacible y clara; la tropilla de caballos fué llevada al campo. El caballo viejo, enfermo, Kholstomer, se quedó en la caballeriza. Apareció un hombre extraño, flaco, atezado, sucio, dentro de un cafrán manchado de negro. Era el descuartizador. Tomó de la rienda al caballo, sin mirarlo, y echó a andar. Kholstomer lo siguió tranquilamente, sin darme vuelta, arrastrando como siempre las piernas, y rozando al pasar, la paja, con el anca.

Una vez fuera de la puerta cochera, el caballo estiró la cabeza hacia el pozo; pero el descuartizador tiró de la rienda diciendo:

—No vale la pena.

El descuartizador y Vaska, el cochero, que iba con él, llegaron a un claro, detrás del cobertizo de ladrillo; y como si ese sitio ordinario hubiera tenido para ellos un interés extraordinario, se detuvieron en él. Entregando la rienda a Vaska, el descuartizador se quitó el cafrán, se arremangó, y sacó de la caña de sus botas un cuchillo y una piedra de afilar.

El caballo tendió la cabeza hacia la rienda, queriendo morderla para disipar su aburrimiento, pero no pudo alcanzarla. Exhaló un suspiro y cerró los ojos. Dejó caer el labio, descubrió sus dientes amarillos y gastados, y se adormeció, arrullado por el ruido del cuchillo que afilaban. Su pata enferma y envarada era lo único que se estremecía.

De pronto sintió que lo tomaban y le alzaban la cabeza. Abrió los ojos. Dos perros estaban delante de él: uno olfateaba del lado del descuartizador, el otro contemplaba al caballo como actor principal de lo que iba a pasar. Kholstomer, al mirarlos, se puso a frotar con su mejilla la mano que no tenía.

—Es para curarme, tal vez — pensó.

En efecto, sintió que le hacían algo en la garganta. Le hacían daño; tembló, dobló la pata, pero se contuvo y esperó lo que iba a seguir. Lo que siguió fué un líquido que corría a torrentes sobre su garganta y su pecho. Un suspiro le hinchó los flancos, y se sintió muy aliviado... aliviado de todo el peso de la vida.

Bajó los párpados y dejó caer la cabeza; nadie la retuvo. Después sus patas se estremecieron, todo su cuerpo se bamboleó; lo que sentía era más bien sorpresa que miedo.

Le parecía tan extraño todo... se asombró, quiso abalanzarse, saltar... Pero, en vez de eso, sus piernas, moviéndose sin avanzar, se trabaron; sintió que tocaba el suelo con el costado, quiso incorporarse, pero cayó de pecho, y luego se tendió del lado izquierdo.

El descuartizador esperó que las convulsiones terminaran, apartando a los perros, que querían acercarse. Después, tomó al caballo de las patas, lo dió vuelta, poniéndolo sobre el lomo: dijo a Vaska que lo mantuviera así y empezó su faena.

—Era un buen caballo — murmuró el cochero.

—Si estuviera más gordo — observó el descuartizador — la piel sería mejor.

Esa tarde pasó por la altura la tropilla de caballos y los del ala izquierda vieron en la hondonada un bulto enrojecido, y cerca de él perros que vagaban, cuervos y milanos que revoloteaban. Un perro, con las dos manos aserradas en la caraña, arrancaba con ruido, asediando furiosamente la cabeza, lo que sus cormillos habían asido. Una potrancia se detuvo, estiró la cabeza y el cuello; olfateó largamente el aire. Costó trabajo sacarla de ese lugar.

Al amanecer, en un barranco de la vieja selva, unos lobeznos aullaban alegremente. Eran cinco; cuatro de tamaño casi igual y uno pequeñito, de cabeza más grande que el cuerpo. La loba, flaca en plena muda, arrastrando su vientre hinchado, cuyas mamas rosaban la tierra, saltó de un zarzal y fué a sentarse junto a sus lobeznos. Estos formaron el semicírculo delante de ella; la loba se acercó al más chico, hizo algunos movimien-

tos convulsivos; después abrió su boca erizada de dientes, y haciendo un postrer esfuerzo vomitó un gran zoquete de carne de caballo.

Los lobeznos grandes quisieron echarse encima, pero la madre los contuvo con gesto amenazador, y dió todo al chico. Este, como encolerizado, asentó gruñiendo sus manos sobre la carne y se puso a devorarla. De la misma manera, la loba vomitó para el segundo, para el tercero, y así sucesivamente para los cinco.

Y sólo entonces se echó junto a ellos a descansar.

Ocho días después, detrás del cobertizo de ladrillo, no quedaba del caballo más que el cráneo, y los dos huesos: lo demás había desaparecido. Al acercarse el verano, el mujik que junta huesos para los refinaderos, se llevó los hú-

UNA SESION NOCTURNA

Acababa de ser elegido un nuevo papa en lugar de Nikita Zotov, que había muerto. Este papa era Pedro Ivanovitch Buturline, "metropolitano de Petersburgo". La elección del "sacerdote imitador de Baco" se verificó en Petersburgo y la consagración en Moscú, antes de la llegada del zarevitch.

Aquella noche debía celebrarse en Preobrajensko la ceremonia de entrega al nuevo papa el hábito y la mitra, parodia del traje del patriarca.

El zar halló medio, durante el proceso, de disponer el ceremonial.

"La sesión nocturna" se celebraba en una vasta sala alumbrada por cirios y tapizada de paño azul. A dos pasos de allí estaban en la sala de audiencia y la cámara del trono. Las mesas estrechas y largas habían sido dispuestas en forma de herradura, rodeando una plataforma destinada a los magos, cardenales y otros miembros del concilio. Bajo un baldaquino de terciopelo, veíase un trono formado por toneles y adornado con botellas y vasos.

Cuando todos estuvieron reunidos, el portero y el cardenal archidiacono — que no era otro que el zar, — condujeron triunfalmente al salón al nuevo papa. Delante de él colocaron dos barriles de vino añejo — uno era dorado, el otro argentado —, dos platos, uno de cobombros y otro de coles, y por último, un león obscuro de un Baco desnudo. El papapapa saludó por tres veces al príncipe César y a los cardenales, y ofreció a Su Majestad los barriles y los platos.

El archimago preguntó al papa:

—Padre, ¿por qué has venido y qué pretendes de nuestra intemperancia?

—Que me vistáis la túnica de nuestro padre Baco — respondió el papa.

—¿Cómo practicas la ley de Baco y cuáles son tus méritos?

—¡Ah! "ipadre muy ebrio!"... Al alba y a veces a media noche, mezclo el con-

En otro tiempo, el esclavo agobiado se escapaba de su cárcel, soñando en un cielo donde su miseria sería recompensada por eternos gozos; mas ahora que la ciencia ha descubierto ese engaño del más allá de la tumba, el esclavo, el obrero, cansado de morir para ser feliz, exige la justicia y la felicidad en la tierra.

Emilio ZOLA.

meros con el cráneo, que encontraron también empleo.

El cuerpo muerto de Serpukhovskiy, ex dueño del caballo, que andaba por el mundo comiendo y bebiendo, fué puesto en tierra mucho más tarde.

Así como ese cuerpo había pesado fuertemente sobre los demás durante veinte años, cuando andaba por el mundo, de la misma manera su muerte misma no fué sino una carga más. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser útil, hacía mucho tiempo que incomodaba a todo el mundo. Sin embargo, los "muertos" que entierran a los muertos consideraron necesario vestir ese cuerpo con un lindo uniforme y lindas botas, tenderlo en buen féretro con borlas en las cuatro esquinas, poner este féretro dentro de otro de plomo, transportarlo a Moscú, y allí revolver esqueletos viejos para enterrar en medio de ese cuerpo podrido, comido por los gusanos dentro de su uniforme nuevo y de sus botas lustradas, y tapar todo eso con tierra.

León TOLSTOY.

tenido de dos o tres vasos y me lo bebo; el resto del día me dedico a la misma ocupación y me atiborro de toda clase de bebidas como si fuese un tonel. A veces no puedo llevarme a la boca alimentos sólidos, hasta tal punto me tiembla la mano y se me enturbia la vista. Tales son mis costumbres, que me comprometo a propagar entre mi rebaño. Reniego de todos los que piensen de otra manera; abomino de ellos y anatematizo a todos los enemigos de la embriaguez. ¡Amén!

El archimago declaró:

—¡Sea contigo durante toda tu vida la embriaguez de Baco, que embrutece y aniquila, que trastorna y enloquece!

Los cardenales llevaron a Baco al estrado y le ataviaron con burlescos ropajes sacerdotales, en los que se veían bordados naipes, dados, botellas, pipas y Venus y Bacos desnudos. Colgaronle al cuello, a modo de pectoral, jarras de barro llenas de cascabeles, le confiaron la batea con varias botellas de aguardiente y la cruz hecha con tubos de pipas, y le lavaron la cabeza y los párpados con vino añejo.

—¡Que tu cabeza se trastorne y que tus ojos lo vean todo confuso ahora y siempre!

Luego le lavaron las manos y los cuatro dedos que sostienen el vaso.

Por último, el archimago le colocó en la cabeza la mitra de estño.

—¡Que la corona de las tinieblas de Baco cña siempre tus sienes! Yo, un beodo, coronó a este intemperante;

En nombre de todos los borrachos

En nombre de todos los imbéciles.

En nombre de todos los locos.

En nombre de todos los vivos.

En nombre de todos los barriles.

En nombre de todas las cubas.

En nombre del tabaco.

En nombre de todas las tabernas, miradas de nuestro padre Baco. ¡Amén!

Todos gritaron:

—¡Asios! Digno es!

Luego instalaron al papa en el trono formado por toneles. Encima del trono había una estatuita de Baco cabalgando en un tonel. Con sólo inclinaria podía el papa servirse aguardiente en un vaso o dejarlo caer directamente en su boca.

No solamente los miembros del concilio, sino todos los demás invitados, se fueron acercando uno a uno a Su Santi-

Subscripción del Suplemento y "La Protesta" inclusive, \$ 2.— mensuales

dad. Le saludaban, recibían en la caza, a modo de bendición, un golpe aplicado con una vejiga de cerdo papada en aguardiente, y comulgaban aguardiente sazonado con pimienta, les daban en un enorme cucharón de dera.

Los magos cantaban a coro:

—¡Oh, veneradísimo padre Baco, pensador de la alegría de las viñas! suplicamos, lo mismo que toda esta asamblea de borrachos, que multipliques guies los pasos del príncipe-papa a de que te imite. Y tú, gloriosísima...

Seguían algunas palabras obscenas.

Al fin se sentaron a la mesa y se dió lo de siempre: bebieron y comieron hasta el punto de perder la razón. Algunos respetables dignatarios riñeron, tiraron mutuamente de los pelos y al fin reconciliados, rodaron juntos bajo mesa. El príncipe Chakholskoi, cabero de la orden burlesca de Judas, aceptó un cambio de dinero, unos cuantos botines. A un boyardo ya anciano que se gaba a beber, le atiborraron de aguardiente echándose en la boca con un budo. El príncipe-papa vomitaba desde alto de su trono sobre las pelucas y tapetes de los que estaban sentados a pies. La princesa-abadesa Ajevsky, completamente borracha, bailaba remanose impudicamente la falda, y cantaba con voz ronca. Todos la acompañaban bando y golpeando el suelo con los pies de tal manera que el polvo llenaba estancia:

¡Ah! ¡abrázate! ¡abrázate!

Cuando a la semi-obscureidad maloliente y al mortecino resplandor de las velas se unió la livida claridad de aquella faena de invierno, los rostros humanos tornaron más espantosos, y adquirieron una expresión más bestial.

Respecto a que los políticos no ay podido hacer la Unión Socialista, muy natural, porque la política, un socialista, aún la revolucionaria, más que un juego de combinaciones compromisos y de concesiones, donde sistemas se confunden y los partidos hacen la guerra por el nombre y lealtades, apoyándose los principios concesiones religiosas, metafísicas y místicas. No hay unión posible con mentos que ninguna unidad tiene cast.

GIRAULT

Es sabido que todos los sacerdotes viven del rédito de la superstición, distribuyendo a los pueblos, a los cuales gentes juiciosas e ilustradas como dirones, que se esfuerzan en pelear las tinieblas sobre la tierra, rincar con más imperio sobre la rancia y la simplicidad de los idiotos.

TALLEYRAND

La lengua de los sacerdotes imp de los sacerdotes impudicos, es la ha introducido en el género humano venenos del error y estas tinieblas lentes que cubren a los pueblos, vanda de la idolatría y la ignorancia, ra hacerse necesarios, mantienen los cerdoles el error.

TALLEYRAND